

Sociedad y gobierno: vidas paralelas

Álvaro Bracamonte Sierra*

Nunca pensé vivir, ni siquiera en la imaginación, las horas y los días de junio de 2009: la completa desvinculación de las autoridades legalmente constituidas y la comunidad a la que se supone representan. Leo y veo repetidamente las declaraciones del gobernador Bours y de funcionarios federales, las comparo con los reclamos e impaciencia de los miles de marchantes y no encuentro espacio para la sintonía. Son discursos diferentes, dos lógicas distintas y distantes de percibir y valorar la tragedia; unos exigiendo justicia y los otros evadiéndola para ganar tiempo. A éstos les interesa mostrar un talante justiciero pero no pueden ocultar los límites en que operan: la red de intereses y tráfico de influencias que subyace en la subrogación de las guarderías.

Los padres afectados no están pensando en los costos electorales que eventualmente provocaría aplicar la ley; a ellos los anima en estos tristes momentos una fuerza interna que los hace levantarse y exigir justicia como una manera de mitigar la desolación que sienten por no haber estado con sus hijos en la hora que los necesitaban. No pierden nada pues, a decir de muchos, ya lo perdieron todo. Podrían ganar algo si de sus reclamos surge la energía para superar el cáncer de la corrupción que explica las desgracias nacionales. Quiero pensar que sólo así los afligidos padres encontrarán reposo; podrían contar con orgullo que sus hijos cambiaron el rumbo de México. Sólo entonces recordarían a sus pequeños sin tanto pesar.

Para las autoridades, la impartición de justicia puede esperar. Verán el asunto después del 5 de julio. Es por ello que se advierte cómo ponen todo su empeño en que el coraje y la frustración social imperante se desvíen hacia otros asuntos. A estas alturas no se sabe bien a bien quién actúa más perversamente. Tanto el nivel federal como el local se esfuerzan por parecer realmente preocupados por deslindar responsabilidades. A los ojos de la gente queda claro que se trata sólo de retórica.

El hecho real es que nos acercamos a que se cumpla un mes de la desgracia y aún no hay nada, o lo que hay es muy poco. Lo que se temía en los primeros días está ocurriendo: la fabricación de chivos expiatorios que, no por previsible, ha sido menos grosera. Los verdaderos culpables siguen libres y no se observan signos de que el ministerio actuará en consecuencia.

Lo que tenemos es un verdadero y detestable *reality show* político. A las declaraciones pendencieras y temerarias de una instancia de gobierno, le sigue la respuesta igual o más estridente de la otra. Han conseguido, solo parcialmente, distraer la atención del meollo del asunto que nos tiene en este pantano, que es hacer justicia caiga quien caiga. Al menos eso exigen los padres y eso dicen las autoridades. Pero en el caso de éstas nadie quiere asumir responsabilidades; las eluden y tratan de que el tiempo pase. Tiempo, es lo que necesitan para controlar los probables daños electorales. Pero mientras eso sucede, la brecha que separa a la sociedad de la clase política se ensancha al volverse notorios el disimulo que muestran los encargados de hacer justicia.

Quieren perder lo menos y no se dan cuenta de que pueden perderlo todo. Actúan con criterios electoreros: están convencidos de que se hará justicia sólo después del desenlace de la jornada electoral. Si ganan los rojos, serán detenidos muchos empleados del Seguro Social, desde altos funcionarios hasta trabajadores de rango menor; si los azules se alzan con la victoria, la impartición de justicia priorizará a personajes ligados

al gobierno estatal, sean los dueños de la guardería, el propietario de la bodega, autoridades estatales y municipales.

Estos oscuros y perversos modos de aplicar el Estado de Derecho están determinando la hora y la fecha en que se impartirá justicia. Es lo que explica los enormes esfuerzos desplegados para ganar tiempo. Sólo así se comprende que nos entretengan con repentinos y fingidos regionalismos y con tonos de voz que molestan los oídos castos; ignoran que juegan con fuego.

Este fuego eventualmente quemaría para siempre su cuidada carrera política; hay aspirantes que en estos comicios descubrieron una desconocida vocación por el servicio público. Los políticos de los partidos tradicionales no saben que su trayectoria puede verse consumida también por las llamas de la tragedia. Por eso actúan como si no les importara. Así están formados; son incapaces de tocar partituras distintas a las que les asignaron. Ganarán o perderán sin moverse un ápice del guión que les fue entregado.

Porque a esta clase política nada le conmueve, existe la posibilidad de que los ciudadanos que ahora toman las calles les griten en su cara que, debido a su reprobable actitud, se vayan todos. Como lo dijeron hace tiempo los piqueteros argentinos; era la única vía para reconstruir el tejido social.

*Profesor-investigador del Centro de Estudios de América del Norte de El Colegio de Sonora, abraca@colson.edu.mx